SEÑAS DE IDENTIDAD

José Ángel Bañuls Ramírez

Image not found.

Capítulo 1

“Soy una parte de todo aquello
que he encontrado en mi camino”

Alfred Tennyson

SEÑAS DE IDENTIDAD

I

En ocasiones el sueño nos lleva hasta el desvarío, provocándonos una agitación tal que nuestro cuerpo ya no descansa, inquieto, deambulando por tortuosos caminos, que siéndonos reconocibles, pasan a transformarse en paisajes peligrosos, oscuros, agrestes, que en nada facilitan nuestro reposo.

La soledad y lo desconocido son engranajes del miedo.

Tal es así que raro es elegir por voluntad propia acometer retos que reúnan esas propiedades. Quienes se deciden a ello son espíritus libres y valientes, algo temerarios y puede que con algún punto de excentricidad. Personajes siempre avocados a destinos peculiares, con frecuencia dramáticos, meritorios en ocasiones y hasta con logros que les elevan al más alto reconocimiento.

Los que alcanzan ese final de premio y éxito dan por bueno todo lo pasado. Los vitoreados pronto olvidan sinsabores, tragedias y lo perdido en el camino. Para los que fracasan, con frecuencia les va la vida, pero siempre les queda la soledad.

Aún y con todo, la peor situación es encontrarse sólo y desconocerse, no saber quién se es y no tener siquiera a quién preguntarle.

Es la soledad interior y exterior. Carecer del sentido de la propia esencia, desconocer tu identidad, supone, sin duda, la mayor de las zozobras.

Esta sensación es humana, aunque por extensión, se la atribuimos a nuestras obras, nuestro arte, nuestras propias ciudades y pueblos, a todo lo cual, si carece de identidad, lo consideramos falto de alma, vacío o sin sentido.

II

Aquella madrugada desperté envuelta por brumas grises y pesadas. Todo era silencio. Me incorporé, giré la cabeza a un lado y otro, me froté los

ojos para alejar las entretelas del sueño y conseguir traspasar las nieblas. Nada. Estaba perdida, sola, confusa, sin siquiera una línea de horizonte a la que agarrar y orientarme. Sin embargo no sentí pánico, era difícil de entender, pero la calma me transmitió paz, como si susurrara en mi oído una melodía antigua conocida, que hasta me sorprendió al notar como dibujaba en mis labios un amago de sonrisa.

Fue extraño, aunque cansada, me sentía a la vez ligera, como si mis huesos fueran de ave o pudiese vencer la gravedad a capricho. No tenía frío o calor. Me encontraba extrañamente bien. Nunca antes experimenté algo igual. Me creí capaz de todo y al instante dudaba de mover siquiera un dedo. En ese momento me supe frágil, pequeña vagando sin control en un espacio enorme, que pese a todo quería descubrir.

La sensación de vacío y la falta de referentes avivaron en mí la inquietud infantil de la desorientación o la pérdida. Todo alrededor era una niebla perezosa, que muy despacio se movía de un lado a otro, como si explorara mis costados, acariciándome y provocando, a un tiempo, mi asombro y mi repulsa.

Me sentí aislada, casi desterrada del mundo real. Hasta donde podía ver todo era velado y tenue, lo que favorecía más si cabe el desasosiego de esos primeros momentos.

Recordé charlas apasionadas y razonamientos antiguos, en buena parte concebidos desde una prolongada observación de la naturaleza, en los que se defendía con vehemencia la ley de compensación, aquella según la cual cuando uno de los sentidos flaquea o incluso se pierde, los otros se afanan en ganar información útil para el ser vivo afectado. Las opiniones disconformes sostenían con empeño el quitar valor a los sentidos, considerándolos maestros del engaño y timadores del ofuscamiento.

No pretendía sacar conclusiones al respecto, al contrario, cualquier cabo al que agarrarme era bueno. Si algo echaba en falta entonces eran detalles, señas, datos, información de alguna clase que pudiera utilizar para entender mi entorno y dar conmigo.

Intenté reconocer algo sin conseguirlo, ni siquiera llegué a adivinar una forma o un perfil definido; procuré afinar mi oído, pero la quietud era absoluta y completa.

¡Sentí miedo!, quizás así fuera el modo sutil como llega la muerte.

III

Y al instante quise aferrarme a la vida, a mi vida, buscando atolondradamente en la confusa maraña de mis recuerdos, para unirme a ellos como un mascarón a su proa. Necesitaba la seguridad de las cosas

conocidas para identificarme y saberme aún palpitante.

Me asaltaron todas las dudas. Estaba ofuscada, y las débiles señales que traían mis sentidos apenas eran portadoras de algún aliento. La carrera desbocada de mi corazón seguía alimentando esa loca búsqueda. Necesitaba encontrar el destello de un faro salvador que abriese hueco y esperanza en el frío gris que me envolvía.

Decidí seguir luchando hasta agotar mis fuerzas y concentrarme en una alerta de tal grado que cualquier lejano sonido, la luz más pobre que pudiese llegarme o la menor fragancia captada, las reconociera como las bocanadas de aire fresco que levantarían mi espíritu.

En lo más profundo de mi ser ardía una rabia contenida y ahora más que nunca necesaria, a la que debía aferrarme como tabla de salvación. Seguir despierta, atenta y, sobretodo, concentrada, era la clave que me llevaría a encontrar respuestas y a conseguir finalmente salir del laberinto.

La concentración fue máxima. Creí incluso, desde el portentoso reconocimiento de mi entorno, llegar a identificar cada gota de niebla que chocaba contra mi rostro. Era una especie de acupuntura líquida, con la que despertar mi aletargado sistema sensorial y hacerlo comunicar con mi entorno. Necesitaba saber que me rodeaba, donde estaba y, aún más, quien era.

Recuerdo incorporarme y dejarme zarandear por una suave brisa que empezó a llegarme de repente, nerviosa por percibir sensaciones que trajeran respuestas a la avalancha de preguntas que bloqueaban mi mente. Fue la primera sensación relajante en todo ese tiempo de tensión.

Procuré volcar sobre el aire fresco que recibía toda mi capacidad descifradora, olfateando con mimo y delicadeza cada aspiración, hasta casi masticar las pequeñas porciones etéreas que atrapaba. Aumentó mi capacidad de abstracción de tal forma que llegaba a ver mi interior trabajando como los alquimistas, queriendo sacar matices nuevos de partículas fugaces, extrayendo las esencias viajeras del viento y degustando la mínima porción de mundo que hubiese conseguido retener.

Lo cierto es que fui capaz de unir el entusiasmo al miedo, o la lentitud con la prisa. Estaba siendo a la vez maestro sereno y nervioso alumno, porque, en verdad, no hacía más que luchar contra el tiempo para saber y reconocermme.

En muchos momentos prefería cerrar los ojos y descansar del tropel de imágenes que corrían en mi imaginación, sin poder diferenciar la verdad de la locura, o lo que era cierto, de lo que me hundiría en un remolino

ciego.

IV

Y entonces me pareció percibir algo.

Aunque seguía sin ver, ni oír nada, llegaron hasta mí dos aromas entrelazados, uno similar al olor de la brea y otro, menos penetrante, que extrajo de mi memoria la imagen de las maderas nobles empapadas, abriendo sus guías y sus nervios para desprender esos vapores perfumados inconfundibles.

Las pequeñas gotas suspendidas en la niebla, las maderas mojadas, la brea de los calafates, todas las señales llegaban envueltas en agua. Algo es algo pensé, y me cogí a lo único que tenía como si fuese un tesoro, con la firmeza suficiente para que no escapara, aunque con la delicadeza necesaria por no matar esta pequeña esperanza.

Comprendí, sin duda mi mundo era acuático.

Ahora ya había algo sobre lo que insistir. Debía escarbar en estos confusos recuerdos, hasta unirles otros, que seguro traerían más y sobre los que construir mi propio reencuentro.

Apliqué, pertinazmente, el método deductivo, con la sana intención de profundizar en el camino que llevase a reconstruir mi propia esencia. Es duro tener que llegar a descubrirse, pero es totalmente necesario para sentirse vivo.

Del aroma a brea, deduje una conexión marinera, con escenas cruzadas por embarcaciones de mil formas y tamaños. A la claridad de alguna de estas visiones se unió el color, aportando los rojos, los ocre y, sobre todo, unos espléndidos dorados, que iluminaron con su brillo mi adormilado subconsciente. La nitidez de los recuerdos me devolvió la alegría, estaba volviendo a ser yo, recuperaba mi historia y con ella cobraría nuevamente sentido mi propia existencia. Esto me animó a seguir navegando a través de mi mundo acuático, recuperando recuerdos como si de restos de naufragios se tratase. Trozo a trozo, iría reconstruyendo el espejo donde mirarme y reconocerme.

Del olor dulce de las maderas perfumadas intuí riquezas y poder, que enseguida me trasladaron a un lugar de palacios y artistas, de reyes y de guerreros. Seguro. El lujo y la Corte tuvieron que ver en mi mundo. Sin embargo estos recuerdos me llegaban lejanos, lo cual quise interpretar como algo que nunca me quitó el sueño, era un hecho nada personal, que entendía como unos logros asentados de antiguo, con los que seguramente conviví y a los que apreciaba por el poso de elegancia y

nobleza que conllevan.

Tan rápidas pasaban las imágenes que se podría decir cabalgaban sin desmayo, conformando el escenario sobre el que finalmente, eso esperaba al menos, se levantaría el telón y todo quedaría desvelado.

Mi imaginación volaba de visión en visión, agolpándolas unas con otras, relacionándolas sin motivo aparente, sorprendiéndome a veces con figuras que, repetidamente, aparecían y se iban de mi recuerdo.

Entre esas misteriosas figuras diría que vi grotescas máscaras, cómicas, tristes, exageradas o finamente engalanadas; altísimas siluetas robustas y afiladas, como torreones, obeliscos o columnas; cruces, muchas cruces cristianas; pórticos extremadamente bellos y trabajados, propios de palacetes y villas ricas; cristal tallado, tapices, sedas y gallardetes, diferentes heráldicas y algo majestuoso, fuerte, dominante, hermoso. Eran leones, magníficos leones, que lejos de asustarme, provocaron en mí un bendito sosiego, como de vuelta al hogar, a lo conocido, a mi misma esencia.

V

Buscaba mentalmente encajar las piezas que iba encontrando de mi conocimiento perdido. ¿Cómo cuadrar leones en un mundo acuático? La visión de leones fue desconcertante y parecía ser la nota discordante entre los fogonazos de recuerdos recuperados. Se me hacía difícil unir la sensación de elegancia y el gusto al que me llevaban el resto de imágenes atrapadas, con la brutalidad salvaje de leones que, para mi desasosiego, percibía una y otra vez con claridad pasmosa. Se diría que como buenos cazadores estuviesen merodeando su presa.

Me negaba a formar parte de un mundo de circo o de comercio de fieras. Prefería integrar los leones en espléndidos tapices o plasmados en lienzos y era así como intentaba engarzarlos con las imágenes de palacios, los brillos dorados o las maderas perfumadas. Pero no, de mis pensamientos se destejían los tapices y los leones salían de sus cuadros, como queriendo demostrarme que eran de carne y hueso, reales y no fruto de hilos trenzados o de colores pintados.

No pude evitar llorar de no entenderme. Quise abandonar, ¿para qué tanto esfuerzo? Tal vez fuera sólo un ser agonizante. Cerré los ojos, necesitaba descanso.

No fui consciente del tiempo que permanecí así, pero algo húmedo rozó mi frente y antes de despertar volvió a hacerlo. Me encontré de lleno con uno de ellos, me estaba lamiendo y noté llegar su cálido aliento, que no desentonó en nada con el resto de sensaciones acumuladas. Extrañamente no sentí miedo. Aquella enorme mole me miraba con ojos

caramelo que no tenían maldad. Se separó, sacudió la cabeza y dejó caer sobre mí una lluvia de finas gotitas de rocío atrapadas en su melena.

Sentí encajar de golpe las imágenes. Mi rechazo inicial a los leones se desvaneció como la niebla. Aquella mirada era noble y tranquila, me invitaba a aceptarlo, lo hubiera tocado incluso sin ningún temor. Ahora los veía como figuras hermosas y bellas, con la misma sensación de las otras, y percibidas ya como propias.

VI

Entendí todo cuando tres de esos leones se volvieron hacia mí, acercándose y desplegando cada uno de ellos dos enormes alas desde sus lomos.

El nerviosismo fue aumentando, no por la proximidad de esa imagen tan real de las bestias, sino porque la pesadilla había concluido, mi identidad estaba clara.

La musculatura del trío de leones dejó sentir su poderío y batiendo sus alas al unísono fueron disipándose las nieblas y dejando despejado mi entorno de aguas y de canales.

Recogí un frágil sombrero que se mecía flotando muy cerca y retiré la cinta azul que lo abrazaba.

En ella pude leer: "A Venecia, la siempre Serenísima".

VII

Satisfecha salí de mi letargo y mis olvidos. ¡Aparta a un lado triste amnesia, preciso llenarme rápido de mis esencias y sentir las correr como sangre por arterias! Que grande mi tiempo, nunca pasará. Es tanto el esplendor que siento, que injusto sería abandonarlo o perderlo.

Sí, soy vieja, pero no puedo dejarme vencer por el cansancio, debo permanecer despierta y seguir regalando mi mundo acuático a quien me visita. Cada admiración, cada beso, cada poesía que me dedican es suficiente motivo para despejar las nieblas propias de la edad.

Todos los años me regalo una regata de historia, engalanada para la ocasión, con músicas y ecos de remos batiendo mis aguas y me lleno de aplausos y vítores, de flores y risas.

Me gusta sentir de mañana las gaviotas deslizarse casi rozando mis calles líquidas y recibir con el sol de oro la llegada de la noche, que se llena de

reflejos de luces y de chapoteos en los muelles palaciegos.

Disfruto de mis canales cruzados de puentes, de mis templos de arte y de cultura, de la suave caricia de las góndolas y del abrazo de la laguna madre adriática. Fui un exceso casi imposible, fruto de la arrogancia de una época grandiosa, de poder y supremacía absolutos.

Así soy y quiero seguir siendo, Venecia vieja, amable y entrañable, orgullosa de su belleza y llevada en alas por sus leones.

José Ángel Bañuls, "Sensaciones a la vuelta de un viaje por Venezia"